

Una máquina del tiempo de tela y recuerdos

Gabriela Valenzuela Navarrete

Para mi abuelita

Sin hacer ruido y aguantando la respiración, me acerco a la puerta de la habitación a donde te llevaron hace más de una hora... Ahí te encuentro, casi inmóvil, hincada ante una enorme y florida caja de Olinalá que contiene sólo ropa vieja, pero que para ti son tesoros invaluable. Unas botas de raso descolorido, una blusa de popelina amarillenta por los años que ha estado ahí guardada, una foto pálida de un hombre blanco, alto, de gruesos bigotes, y de una mujer morena, menudita, orgullosamente colgada del brazo de su compañero. Poco a poco has ido dejando a un lado el contenido de ese baúl que creías perdido y que inesperadamente apareció en la casa de una sobrina lejana... Ahora tomas entre tus manos algo blanco y lo acaricias largamente, con embeleso, como si estuviera hecho de la seda más fina y no de burda manta de algodón. ¿Cómo has permanecido tanto tiempo en la misma posición sin quejarte de tus habituales dolores o de tu vejez que te impide doblar las rodillas como lo hacías hace setenta años? Alargo el cuello como un pajarillo que esculca ansioso el exterior del nido. ¿Qué es eso que tanto miras, qué es lo que una y otra vez repasas y repasas con las yemas de los dedos? Como si hubieras visto mi curiosidad, levantas los brazos y dejas que la prenda se desdoble y se extienda con toda su majestad. Aún de espaldas a mí, muestras una enagua blanca, cosida a mano, adornada con un delicadísimo encaje, y que muestra orgullosa tres iniciales en punto de cruz en un vivo hilo rojo, ni siquiera opacado por casi medio siglo de desuso. Incluso desde mi incómoda posición puedo leer claramente "S.R.A.", Serafín Rodríguez Alday deduzco, el nombre de tu madre, mi bisabuela, a la que dicen me parezco mucho, pero que murió exactamente cinco años antes de que yo pudiera conocerla...

Adivino en tu rostro cansado una lágrima que surca las arrugas que rodean tus ojos maravillados por regresar, aunque sea por unos momentos, a los años en los que eras una niña corriendo por los vastos corrales de la hacienda de tu padre, o una señorita bordando al lado de tu madre, y que estaba siendo educada para ser una buena esposa, digna del apellido que llevas, con la más larga historia en el estado de Guerrero, ilustre desde aquel antepasado nacido en Taxco y que brilló tanto, como la plata de allí extraída, por su *Verdad sospechosa*. En el siglo XIX, la familia Alarcón era una de las más importantes del país, dueña de vastas haciendas azucareras en Morelos, enormes ranchos ganaderos y pródigas minas en Guerrero. ¿Quién si no Raymundo Alarcón Cienfuegos, dueño de la hacienda que ocupaba casi la mitad del pueblo de Tixtla, podía pagar las fotografías de él y su esposa, que ahora presiden la sala de nuestra casa, en una época en la que las cámaras eran todavía enormes cajones con una tela negra atrás y en la que había que contar el tiempo de exposición para que la fotografía no se velara? Retratos que más que fotos parecen preciosos dibujos a lápiz, mostrando a una mujer de gruesas trenzas y mirada altiva y al hombre de espesos bigotes que fueron la cabeza de esta familia, y que al reverso delatan su edad: hechas en Chilapa en 1891.

Te acercas la prenda blanca al rostro, y la hueles y la besas como si fueras la bebé tambaleante que se escondía detrás de esas enaguas en los cuartos donde guardaban los trastos, junto con sus hermanas mayores y su madre, para escapar de los últimos azotes de la Revolución, que ya tocaba a su fin pero que parecía no querer extinguirse, como la débil llama de una vela que lucha ante una corriente de aire. Tendrías escasos dos años, pero aún recuerdas los rostros pálidos de tus hermanas, que te levantaban en brazos y cubrían tu boquita para que no hicieras el menor ruido, mientras tu padre y hermanos varones entregaban unos costales de maíz y unos animales a esos calzonudos sucios y malencarados que tanto te asustaban. ¿Cuándo cosió tu madre esas enaguas? Ojalá

tuvieran fecha de elaboración, así recordarías más o menos cuántos años tenías. ¿Tal vez seis o siete, cuando tu padre se negó rotundamente a que sus hijas estudiaran y sólo pudiste aprender a leer y a contar a escondidas, en la casa de la misma señora que te enseñó a bordar? No, lo más seguro es que la haya cosido cuando tenías ocho o diez años, la misma edad de cuando fuiste con tres de tus hermanos a traer *pashcle* para el nacimiento y te caíste de un encino, y ya no pudiste bajar caminando por el fuerte sentón. Ahora lo cuentas divertida, recordando incluso que te burlaste de Esther, tu hermana menor, porque ella no era tan atrabancada como tú y sí se fijó en la cuerda que debías agarrar, y tú, necia igual que tus hijas y tu nieta, decidiste llevarle la contraria... sólo para terminar en el suelo y sin aire por el golpazo. Quizá sea la enagua que utilizó el día de tu boda. Tú eras sólo una niña de diecisiete años, pero para la época ya estabas en edad de casarte. Volteas a ver la fotografía y de seguro recuerdas tu boda y las de todos tus hermanos. ¿O puedes decirme que ya olvidaste a tu hermano Teófilo y a su esposa Delfina? Él se la robó cuando sólo tenían trece años... y los tuvieron que separar porque les dio sarampión. Mal empezó el matrimonio, pero no siguió así: tuvieron diecisiete hijos, de los cuales sobrevivieron catorce. Hoy sólo quedan cinco o seis, rostros de tíos que por más que me esfuerzo no aparecen en mi mente porque sólo los he visto una o dos veces; no así la legendaria tía Delfina, con sus cien años a cuestas, que sigue viviendo en su casa de la esquina de la plazuela de San Isidro, y ahora pasa sus días haciendo corajes con los balones de baloncesto que a cada rato van a dar a su cocina o a su patio, o con “las muchachas flojísimas que no hacen más que estar provocando a los chamacos enseñándoles las piernas” por las bermudas o los *shorts*, que son las prendas más socorridas cuando aprieta el calor de la sierra.

Por fin te incorporas de tu incómoda posición, ágil como si fueras la mujercita de diecisiete años lista para darle el sí a mi abuelo. Llevas en la mano algo nuevo, sin soltar las enaguas blancas. Una

foto más, ¿de quién? Por tu semblante puedo adivinarlo fácilmente, es una foto de tu boda, tuya y de mi abuelo. Tú, diecisiete años; él, apenas diecinueve. Tú, una catrincita, hija del hacendado más rico del pueblo, ex presidente municipal y juez civil; él, un humilde tocinero, hijo de un borrachito y huérfano de madre. Casi todos auguraban que su matrimonio no iba a durar, cómo si Lucío Navarrete tenía fama de ser un hombre de carácter fuerte y hasta violento, cómo si sólo habían durado once días de novios. Averiguando por aquí y por allá, logramos saber que el apellido Navarrete viene de un pirata avecindado en Yucatán. Vaya combinación, los descendientes de un pirata y de un dramaturgo unidos ante Dios y para siempre. Pero tú estabas decidida a que sí funcionara, a que Lucío Navarrete y Beatriz Alarcón permanecieran juntos hasta que la muerte los separara.

Y sí, sí se equivocaron, desde las comadres entrometidas hasta tu entonces futuro cuñado que quiso disuadirte de casarte con mi abuelo. Hubo tiempos malos, claro que los hubo. Vivieron en casas de paja y camas de palitos con colchones de hojas secas; tuvieron que mudarse a Puebla, al Distrito Federal y a Morelos por un penoso incidente que llevó a tu marido a defender a tiros el honor de su cuñada y de su propia esposa; mi abuelo tuvo incluso que cruzar la frontera y trabajar en el ferrocarril en Estados Unidos, pero hubo sus recompensas: unos años después, ustedes eran dueños de varias cabezas de ganado, terrenos que sembraban y aseguraban abundantes cosechas, y un puesto de carne que vendía más que nadie en el mercado. Trabajo arduo, cierto, pero del que no se quejaban, ni ustedes ni sus seis hijos. Fuiste madre por primera vez en 1938, exactamente el mismo día que el presidente Lázaro Cárdenas declaraba que el pueblo mexicano era el legítimo dueño de sus reservas petroleras; México lograba una victoria en defensa de su soberanía, y Victoria se llamó tu hija. Luego tuviste un varón, nacido un día de san Juan; otra mujer, Loreto, mi madre, que llegó a este mundo justo cuando 66 000 personas morían en

Hiroshima. Hernán fue el siguiente, tu cuarto hijo, al que el cura se negó a bautizar con el nombre del conquistador español. Beatriz llegó después, el día que llevaban a sepultar a tu padre, como si estuviera recibiendo el lugar en la Tierra que su abuelo dejaba vacío, y el último fue Alberto, que nació cuando la radio vivía su época de oro y todos se reunían ante el llamado de *El derecho de nacer* y los avatares del médico al que debe su nombre. Costumbre era que las mujeres parieran en sus casas, asistidas por una comadrona y por su madre o una hermana mayor. A Alberto se le ocurrió nacer de noche y en medio de la lluvia, y no hubo tiempo de ir por mi bisabuela: mi abuelito tuvo que ayudarle a la única doctora del pueblo, y quedó tan impresionado que te juró que no volverías a tener más hijos. Eras muy joven aún, pero en cuanto dejaste de amamantar a tu bebé, te llevó a Chilpancingo para que te ligaran las trompas. En Tixtla, que una mujer hiciera algo para ya no quedar embarazada no era bien visto y tú lo supiste sin que nadie te lo contara: fuiste la segunda mujer esterilizada del pueblo y el murmullo popular decía que esas mujeres que se ligaban las trompas o eran obligadas a no descansar ni los cuarenta días después del parto, o engañaban a sus maridos. Claro que fue al revés, la infidelidad era más aceptada y hasta asumida en los varones, y la obligación de la esposa era no decir nada. Tú no rompiste la regla, pero supiste sacarle provecho, lo mismo que a las escasas borracheras de tu esposo: una plancha que todavía sirve, una máquina de coser con un mueble tan adornado y tan bien conservado que hay quien te ha ofrecido comprarla por una buena cantidad... Y no es que fueras de palo, al contrario: ahora de la caja sacas una fotografía única, que yo ya conocía pero incompleta, una foto en la que aparecen tus hijos, tu marido y tú... con cabeza, no como las copias que conservas y en las que te degollaste para demostrarle a mi abuelo que estabas enterada de que tenía una amante.

Miras embelesada la fotografía y casi puedo jurar que vuelves a ver a tus hijos con las edades en que ahí aparecen. Victoria tendría

unos trece años, estaba en la secundaria y mi abuelo pensaba mandarla a un colegio de monjas con la esperanza de que profesara algún día. Nunca se cumplió su ilusión, la verdad es que si bien toda la familia es católica, no somos precisamente los practicantes más rigurosos. Casi nadie puede olvidar la vez en que tu mamá llevó a misa a Loreto, mi madre, y a medio sermón se puso a cantar a grito partido *Juan Charrasqueado*. Era una niña muy coqueta y a todos les caía bien, quizá por eso el padre Miranda no se enojó y hasta lloró de la risa por la ocurrencia de mi mamá. ¿Y qué me dices de la vez en que los zopilotes se comieron las lonjas de cerdo que estaban asoleando en el patio? Los encargados de cuidarlas eran mi mamá y mi tío Hernán, pero por ir a la doctrina dejaron sus puestos de vigías y las aves se dieron el banquete de su vida. Mi abuelo logró obligar a mi tío a hacer su primera comunión, no así a mi mamá: no hubo poder humano que la convenciera de lo contrario e interpretó el asunto como una señal de que Dios no quería que comulgara... y así sigue hasta hoy.

Eso sí, siempre participaban en las celebraciones religiosas, como la Semana Santa, las fiestas de los santos patronos, las posadas antes de Navidad... Ésas eran fechas especiales, de gozo y de comer mucho. Tu esposo siempre fue espléndido en cuestiones de comida, aunque se tratara de convidar a medio pueblo. Les tocaba que llegara la posadita a su casa... y sobraba la nieve de leche quemada y los *cacahuacincles* que mandaba a hacer especialmente para ellos; era el mayordomo del día de la Virgen de la Natividad o de san Isidro... y compraba barriles de mezcal y chiquihuites de chicharrón y de tortillas para convidar a todos los devotos desvelados que habían acompañado el encuentro de las cinco de la mañana. No había fecha especial a la que no asistieran, así fuera el día de la Santa Cruz, en el que a regañadientes y pellizcos tus hijos más pequeños repetían "Jesús" mil veces, sólo con la ilusión de la nieve y el traguito de anís al terminar, o el último de mayo, cuando vestías a tus hijas con ampones vestidos blancos de esponjadas

crinolinas, con su velito de tul y su corona de flores en la cabeza, para que “salieran de mariposas”, como llaman en Tixtla a las niñas que se acercan a ofrecerle flores a la Madre de Dios entre cada estación del rosario. Ahora volteo hacia una de las paredes y encuentro algo en lo que no había reparado. Esa fotografía con marco de madera, cuidadosamente colgada entre la de los nietos y los hijos de tu sobrina, la niña de esa foto... soy yo, soy yo vestida precisamente de mariposa, a un lado del Santuario. ¿Recuerdas todas esas veces que me llevaste al pueblo en los días de fiesta? Yo casi puedo sentir todavía el agua entibiada al sol con la que me bañabas a mediodía para que en la tarde me llevaras al Santuario. Esa misma foto flanquea el vestíbulo de nuestra casa en México, cómo no reconocerme, cómo no recordar...

Cómo no recordar la cubetita de limas dulces recién cortadas que todas las mañanas aparecía en la puerta de la casa de mi tía Sara, a donde llegábamos cuando íbamos al pueblo, y que llevaba su esposo, mi “abuelo” Eloy, del que se había separado, pero que siempre tenía listo para mí el burrito más manso de su corral para llevarme al río a nadar o a cortar guayabas silvestres al monte, mientras él le daba sal a las vacas. Cómo olvidar al tío Arturo, hijo de tu hermano Manuel, que insistía en llamarme Serafincita porque decía, y no sin razón, que era el retrato vivo de tu madre. Y, cuando ya era más grande, las tardes en las que en vano intentaba ganar las carreras de ver quién ordeñaba una vaca más rápido, las excursiones de mañana a la alberca de agua mineral helada que está a la entrada de la carretera, o el encuentro aquel del día de san Lucas en el que me vistieron de Virgen del Perpetuo Socorro y, a medio recorrido, se me soltó el cinturón que me detenía y me fui haciendo malabares para no caerme... En la foto que observo debo tener unos siete años, la edad en la que me cambiaron de escuela, a una que estaba cerca de la casa, y el tiempo en que más sufrí en un colegio. Todos dicen que el mundo infantil es color de rosa, pero en realidad los niños pueden ser tan crueles y

racistas como el adulto más perverso: como se acostumbraba en la época en que tus hijas eran niñas, tú me dejaste crecer el pelo, que llamaba la atención porque me llegaba a los muslos, y me lo peinabas siempre en trenzas, con moños de acuerdo al color del vestido; pero en una escuela particular, donde las niñas a lo más llevaban colitas, yo pasaba por ser la india del salón. Nunca como entonces odié a alguien por decirme “India María” cuando iba con trenzas y unos hurachitos azules que mi mamá había tenido a bien comprarme; nunca antes quise romperle a un niño la nariz como a aquél que me llamaba “naca”, “columpios” o “perro sabueso” cuando doblabas mis trenzas para que los moñitos parecieran mariposas en mi cabeza. Fui feliz cuando esa escuela se cerró y me cambiaron a la primaria oficial del pueblo de Santa María Tomatlán, donde casi todas las niñas, al igual que yo, eran morenas y usaban gruesas trenzas de pelo muy negro. En su mayoría eran hijas de hombres que aún poseían vacas en sus casas, o tenían terrenos de siembra en los lugares donde ahora corre el Anillo Periférico o donde crecen las nuevas unidades habitacionales. Eran mis iguales: niñas criadas en la costumbre pueblerina de familias de arraigadas tradiciones.

Tixtla era y sigue siendo un lugar de trabajo duro, de sol a sol, o mejor dicho de luna a luna. Las jornadas allá no terminan a las seis, como en las oficinas de gobierno, ni mucho menos empiezan a las ocho o a las nueve. La prosperidad en la que vivieron mucho tiempo no era gratuita; no eran producto de la nada los aretes de oro y perlas con los que obsequiabas a tus hijas el día de sus cumpleaños, como esos que luce mi mamá en la fotografía familiar. Recuerdas y suspiras... como supongo suspirabas cada noche luego de las largas horas de trabajo que no sabían de días festivos o de vacaciones. Todos trabajaban, todos y sin quejarse. Todos se despertaban a las tres de la mañana; mi abuelo y tus cuatro hijos menores para ir al rastro, matar a los animales y llevar la carne al mercado; Loreto para repartir la leche; Victoria y tú para preparar el desayuno.

Uno por uno llegaban tus hijos, cansados y hambrientos, a comer algo para luego irse a la escuela; tu marido para salir al campo, y tú para abrir el puesto del mercado y despachar hasta tres cerdos y una res completos. Por la tarde todo se repetía: Loreto vendía la leche; Victoria y Juan hacían el chorizo y el queso; Hernán, Beatriz y Alberto acarreaban hasta las bodegas los cerros de pastura y de leña que muchas veces triplicaban su todavía diminuta estatura.

Trabajaban duro, sí, pero creo que ninguno de tus hijos puede decir que no tuvo una infancia feliz. No había televisión, pero había canicas; no había *atari* o *nintendo*, pero había gigantescos montones de hojas para prenderles fuego y ver quién saltaba más alto; no había *Barbie* ni coches a control remoto, pero había vastos terrenos para volar papalotes de manta que aguantaban más que los de papel.

Su casa era grande, de teja, de altos y frescos cuartos, y el centro de reunión favorito de muchas personas. Varios de tus sobrinos prácticamente crecieron ahí, no por nada te dicen “tía mamá”. Siempre había más de diez chiquillos o jovencitos, entre tus hijos, los hijos de algunos de sus trabajadores que a su vez trabajaban con ustedes, y uno que otro personaje que a la larga se haría famoso. Uno, Porfirio de la Cruz, un muchachito un poco más chico que mi mamá, a quien ayudaba a repartir la leche y que con los años se convirtió en el sepulturero del pueblo; otro, Lucio Cabañas, un joven de unos dieciocho años, compañero de la primaria de Loreto... y que a la larga sería conocido por la fiera lucha que presentó para mejorar las condiciones de los estudiantes indígenas en los internados rurales. Lucio y Lucío, qué curiosidad... los separaban un acento y varios años, pero los unían sus ideales de justicia e igualdad; uno desaparecido, el otro asesinado; uno recordado por varias generaciones, el otro llorado por una familia que nunca podrá olvidarlo...

Ahora te sientas en una silla cercana a una ventana y puedo ver cómo, con todo cuidado, extiendes las enaguas de rojas iniciales

sobre tus piernas y luego regresas tu atención a la fotografía. Rozándolo apenas, acaricias el rostro minúsculo de tu marido, suspiras y levantas la cara. A contraluz distingo claramente el reflejo de una lágrima que recorre tus mejillas hasta perderse en el pliegue de tu cuello. Muchas veces te he visto llorar así y siempre es por la misma persona, por Lucío Navarrete, mi abuelo... Todo parecía ir mejor que nunca. Su prosperidad era evidente, mi abuelo y tú sostenían a sus seis hijos estudiando en la capital sin grandes problemas. Al contrario de lo que había decidido tu padre, Lucío siempre quiso que sus hijos estudiaran, especialmente las mujeres, pues decía que si les tocaba un mal marido, no tendrían que depender de nadie... o lo podían mantener, si querían. Deseaba que todos fueran maestros, y los dos primeros sí cumplieron sus deseos; una vez más, mi mamá fue la que puso el desorden, pues ella quiso ser ingeniera bioquímica. Fue difícil, pero lograron vencerlo... Victoria y Juan ya trabajaban, Loreto estaba empezando la vocacional, Hernán y Beatriz estaban en la secundaria, y Alberto iba a terminar la primaria. Todo estaba bien, todo parecía ir bien... hasta ese desdichado 20 de marzo de 1965, cuando una bala a traición acabó con la vida del hombre más admirable al que has conocido... Era el sexenio del presidente López Mateos y empezaba la política de llevar la cultura a todos los rincones del país. Los diputados federales habían asignado un millón de pesos para la construcción de la primera biblioteca del pueblo, y la responsabilidad de ese dinero recaía en la parroquia y en la Asociación de Ganaderos del estado, cuyo presidente era mi abuelo. Pero la corrupción no es un problema de dos o tres sexenios, sino de muchos más: ¿quién sabría si en la construcción de la biblioteca se gastaba un millón o sólo la mitad? No había licitaciones ni auditorías, las páginas electrónicas de Compranet no eran siquiera un sueño; sólo estaban unos cuantos hombres íntegros que se negaban a tales fraudes, uno en este caso que pagó las consecuencias de su integridad con su propia vida... ¿Y quién iba a investigar

ese crimen si en esa época y en esa zona todavía se acostumbraban los ajustes de cuentas personales? Si alguien estorbaba, desaparecía, y los responsables como si nada... Se supo quién fue el asesino, y los indios de las comunidades cercanas que eran amigos de mi abuelo tomaron venganza: lo envenenaron con un trago de mezcal y el infeliz se fue muriendo poco a poco, durante casi un año, escondido debajo de una cama, enflacando a ojos vistas, poniéndose amarillo y tieso, y sin que hubiera médico capaz de identificar la enfermedad que lo aquejaba...

Tu llanto se hace más copioso, casi tanto como el día que enviudaste. En una mano agarras y aprietas las enaguas. Quizá son las mismas que llevaba puestas mi bisabuela cuando te acompañó al campo a donde había quedado el cuerpo de Lucío Navarrete. La bala entró directa por la espalda y le destrozó el corazón; cuando cayó del caballo, mi abuelo ya estaba muerto. Todo pasó entonces muy rápido: levantar el cuerpo y prepararlo para el velorio, avisarle a tus hijos que estaban en el DF y a todos los familiares, a las plañideras, a quien habría de dirigir los rosarios, al sacerdote, al sepulturero... En menos de lo que pudiste darte cuenta, cinco de tus hijos ya estaban ahí y caminaban a tu lado rumbo al cementerio, junto con medio pueblo que se había congregado para despedir a uno de sus miembros más queridos. Sólo cinco de tus hijos porque uno de ellos, Juan, no pudo llegar a tiempo... desde entonces y a modo de promesa él sólo utiliza camisas blancas. Y apenas ibas secando tus lágrimas, como ahora haces, cuando ya se despedían de ti todos los parientes que te acompañaron durante cuarenta días aunque tuvieran que dormir en el suelo, ya tus pertenencias estaban empacadas y la mitad de la casa vendida porque tú te mudabas con tus hijos a la capital. ¡Qué difícil fue para ustedes ese cambio forzado! Tú estabas acostumbrada a tu casa amplia, con patio, en un pueblo chiquito a donde tenías toda la libertad de ir y venir a donde quisieras, y de un día para otro tuviste que vivir en un departamento minúsculo, sin más jardín que unas

macetas, y en una ciudad enorme donde no podías salir sola porque te perdías. ¡Cuántas lágrimas amargas, cuántas penas e incomodidades! Aquí ya no podías trabajar como lo hacías en Tixtla y ahora las responsables de sostener a la familia eran Victoria y Loreto. La mayor ya tenía trabajo, no así mi madre, quien de ser una estudiante de bachillerato tuvo que pasar a ser también maestra de grupos de revoltosos adolescentes de secundaria y de algunos no tan jóvenes que prácticamente le igualaban la edad. Sin descansar todo el día, las dos lograron sacar adelante a los hermanos menores: Hernán se casó al poco tiempo, cuando todavía era menor de edad, pero hizo la carrera de maestro y después la de médico, aunque tuvieran que alimentar dos bocas más; Beatriz casi terminó la carrera de química farmacobióloga y durante muchos años trabajó como responsable de la farmacia de una clínica de salubridad, y Alberto se tituló como ingeniero mecánico electricista.

Aunque ellos vivieron ya su adolescencia y juventud en la capital, tú te encargaste de que las costumbres del pueblo se conservaran aquí. Religiosamente has ido a la tumba de mi abuelo el 20 de marzo y el 15 de diciembre sin faltar un año. Has enseñado a tus nueras y a tus nietas a cocinar a la manera del pueblo, y todos sin excepción disfrutamos tus regresos a la casa de México cuando llegas cargada de manjares de la tierra. Fiambre, pozole blanco, barbacoa con naranja, elopozole... tantos platillos que son los favoritos de unos y de otros. Por ejemplo, las tortas de picadillo que tanto le gustan a mi mamá y a mi tía Vico, mi Maico... Esas tortas que preparaste un 2 de octubre de 1968 para esperar a tus hijos que llegaban hambrientos de la escuela o del trabajo... y que algunos ya casi no las iban a disfrutar. Vivían en Santa Julia, más o menos cerca de la Escuela Normal de Maestros, por los rumbos de la torre de Pemex. Beatriz y Alberto ya habían regresado de la escuela, y al poco tiempo llegó Juan. Al medio día, Victoria llegó de un trabajo, comió y se fue al otro, como sigue haciendo hasta ahora. Como a las cinco de la tarde, Loreto estrenó el teléfono

que les habían instalado un día antes y te avisó que llegaría en una hora y media; Hernán salía más tarde de la escuela y el rico platillo sería su cena... Pero tú pusiste y Dios dispuso: Victoria salió de la escuela y llegó a casa sin problema alguno, no así Loreto y Hernán. Voluntad divina fue que siguieran vivos: Loreto trabajaba como responsable de los experimentos de laboratorio de las tesis, y ese día se encontraba ayudando a una compañera cuando de repente escucharon el trote acompasado de los caballos que empezaban a rodear la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas a partir de la Avenida de los Gallos. Con apenas su bolsa y los útiles que pudieron rescatar, salieron a la rampa que descendía del edificio y corrieron para perderse entre las construcciones del frente, llegar al Colegio Militar y de ahí seguir corriendo hasta su casa en la calle de Tláloc. Ellas lograron escaparse, pero no todos tuvieron la misma suerte: algunos fueron detenidos e interrogados por la policía; otros ni siquiera tuvieron esa oportunidad y murieron bajo la lluvia de las metralletas que destruyeron casi todos los laboratorios. La escuela no se volvió a abrir en seis meses, y sólo entonces se dieron cuenta de cómo habían muerto sus compañeros, intentando refugiarse de la invasión irracional, sin imaginar que la desdicha de encontrarse en un quinto piso sería lo que determinaría su muerte. Cuando las acciones ya estaban plenamente declaradas, tú tenías a salvo a cinco de tus hijos, pero faltaba Hernán. Él se había quedado a jugar volibol en la Normal con otros de tus sobrinos, y cuando salieron se encontraron de frente con los verdugos que empezaban a cumplir con las órdenes recibidas. La confusión generada, y sin duda la intervención celestial, les permitió correr hasta San Cosme, internarse entre las tumbas del panteón cercano y finalmente refugiarse en la iglesia de la Lupita, donde el cura los protegió y los escondió toda la noche atrás del altar mayor.

Al igual que muchos padres, viviste una noche de auténtico terror, sin saber si volverías a ver a tu hijo o no. Por fortuna, todos

podieron disfrutar tus tortas de picadillo de nuevo, pero el clima político del país auguraba que el incidente de Tlatelolco podía repetirse en cualquier momento. Nunca fueron líderes estudiantiles como su amigo Lucio Cabañas, pero nunca falta la ocasión en la que te encuentras en el lugar equivocado. El año de 1971 se anunciaba igual o más turbulento que el 68, sobre todo con la latente amenaza de suprimir los internados en las escuelas superiores. Así, el 10 de junio, jueves de Corpus, cuando Loreto regresaba de la Universidad Autónoma de Chapingo, donde había empezado a trabajar unos meses antes, una ráfaga de metralla le cortó las piernas a las dos jóvenes que salían del metro Normal antes que ella. Aterrorizados, los pasajeros que ahí quedaban fueron encerrados y cortado el suministro eléctrico. Así es fácil entender por qué no hay poder humano que haga entrar a mi mamá a una estación. Oía y apenas alcanzaba a distinguir cómo pasaban a velocidad increíble los convoyes sin detenerse. Asustada como todos, una chiquilla de unos seis años se soltó de la mano de su mamá justo cuando pasaba un tren... y en la mente de Loreto resuena aún el grito de la mujer que buscaba a su criatura y de la niña que se despedía para siempre de su madre. Por fin, después de cuarenta minutos, por los altavoces les avisaron que un tren pasaría a recogerlos y los dejaría en la estación Hidalgo... Sin más opción, mi mamá obedeció las órdenes y llegó a casa de una compañera en Tlatelolco, llorando tan copiosamente como la lluvia que se encargaba de borrar las huellas de la matanza...

Dejas ahora la silla en la que te habías acomodado y volteas a ver las fotografías que adornan orgullosas el viejo muro de adobe. Ves en ellas a los hijos y a los nietos de la dueña de la casa, y sin duda dejas que tus pensamientos vuelen y comparen ese árbol genealógico de papel y vidrio con el que tú misma conservas en las paredes de tu recámara. No dejabas de darle gracias a Dios porque tus hijos habían salido a salvo de las dos matanzas estudiantiles, pero ya era tentar mucho a la suerte seguir viviendo ahí.

Además, la familia iba creciendo y tus gorriones amenazaban con dejar vacío el nido. Para mayo de 1975 ya se habían casado dos de tus hijos y otro estaba por hacerlo. Las mujeres seguían solteras, instaladas en el papel de tías consentidoras de los cuatro nietos que ya corrían por todas partes. Luego de una solicitud negada por el INFONAVIT, Victoria y Loreto se decidieron a comprar una casa por medio de un préstamo bancario. Una vez más, apenas empezabas a asimilar la idea, cuando ya estaba el camión de mudanzas en la puerta, listo para cambiar tus cosas con las de Alberto que se casaba y se quedaría con el departamento, y para llevarte a ti con tus hijas a lo que entonces eran los límites de la ciudad, en un fraccionamiento nuevo que antes era una hacienda enorme donde Vicente Riva Palacio sitúa su novela *Monja y casada, virgen y mártir*. Victoria, tu eterna y fiel compañera, la que más hijos tiene sin ser madre verdaderamente, consiguió al poco tiempo su cambio a una escuela en el pueblo vecino, desde donde ha visto desfilar a quienes ahora son ya los padres de sus alumnos. Beatriz se casó al poco tiempo y Loreto siguió trabajando en la Universidad de Chapingo. Para estudiar la maestría, se quedó como interna en la universidad y sólo regresaba cada ocho o quince días. De pronto te viste sola, con todos tus hijos haciendo ya su propia vida; sólo faltaba Victoria, que de repente te avisó que pensaba casarse. “Imposible –le dijiste–, ¿quién va a cuidar de mí cuando me haga vieja?”, y, pese a que ha sido lo más egoísta de tu parte, pese a que te rogó llorando de rodillas que le dieras tu permiso, no la dejaste casarse. Sabes bien que cuando dices que “nunca se casó”, deberías decir “nunca dejé que se casara”; sabes bien que por tu culpa perdió su matriz cuando todavía era muy joven por no haberse embarazado nunca; sabes bien que, aunque tú presumas de que tu hija sigue siendo señorita, ella se entregó al hombre que amaba... hasta que su muerte terminó con el que ha sido tu secreto mejor guardado. Loreto vio y supo todo lo que pasaba con su hermana, y juró que ella no se sometería a tu voluntad, como no

lo había hecho desde niña. Cierta día llegó de la mano de un hombre al que conocía desde hacía más de cinco años, y te anunció que tu sexta nieta venía en camino. Ellos tenían ya una casa en Lomas del Cristo y tú estabas resignada a que ese bebé sería otro de los que no verías más que en fines de semana o cuando sus padres quisieran salir solos. Te equivocabas, y no sabías cuánto. Las cosas entre Loreto y Marco Antonio no funcionaron; él quería un niño y su secretaria iba a dárselo... No dispuesta a soportar más infidelidades, tu hija de pronto se vio abandonada con una hija en brazos que por poco muere al nacer. El cordón umbilical se había enredado en mi cuello, y mi presión arterial era peligrosamente alta: si seguía el parto natural, o yo me asfixiaba o mi mamá se desangraba. Los médicos actuaron rápido y todo terminó con la chiquilla morena de cabello rizado, cuya foto acaricias levemente, en una incubadora, de donde saldría para ir a tomar posesión de su trono de latón con mosquitero de tul, como reina de tu vida y de las de Victoria y Loreto.

Tu mano temblorosa acaricia la foto de la niña vestida de mariposa y tus dedos de uñas bien recortadas parecen intentar asir mis siete años de nuevo, los siete años de esa niña que hasta ahora ha vivido veinticuatro contigo... Loreto se había quedado sola con su hija, y tú y tu primogénita vivían solas. No ibas a darle la espalda y fuiste muy clara: Loreto se encargaba de que nada le faltara a la niña y tú la criarías con el mismo esmero que pusiste con tus propios hijos. Así, mi madre siguió estudiando, terminó sus tres maestrías y su doctorado mientras yo iba creciendo rodeada de mis tres mamás. Y tú te hiciste otra después de mi llegada: tenías apenas cincuenta y siete años, pero eras una colección de dolores y enfermedades. Y en cuanto te viste responsable de esa bebé que físicamente parecía tu madre en chiquito, te olvidaste de todo eso y te consagraste en cuerpo y alma a mí. ¿Recuerdas el fajero bordado con patitos que me hiciste? ¿Y las tardes que te acompañaba mientras cosías entreteniéndome con pedacitos de hilo y tela que

me dabas? Tú eres la responsable –y lo sabes– de que hasta la fecha tenga que dormir con una sábana de bebé o un pañuelo en la mano. Celebraron mi primer cumpleaños en Tixtla y luego seguiste llevándome al pueblo cada día de la Virgen para que saliera de mariposa; de ahí nació esa fotografía que acaricias con tanto sigilo.

Mi padre me rechazó porque no había sido niño. Tal vez si lo hubiera sido, tú ya no estarías aquí. Mi mamá y yo no nos habiéramos quedado a vivir contigo; mis padres vivirían en Costa de Marfil como técnicos de la FAO y tendría por lo menos tres o cuatro hermanos africanos de nacimiento. ¿Quién se iba a imaginar que Dios tenía dispuesto que las cuatro viviéramos juntas? Nunca tuve a mi padre cerca, ¿y qué importa si a cambio tengo tres mamás? Por un tiempo, mientras fui muy bebé, la madre y la hermana mayor de mi papá me visitaron con la vana esperanza de convencer a mi mamá de que lo perdonara y le permitiera regresar a vivir con ella. ¿Creyeron que iba a ser tan fácil olvidar las humillaciones que pasaron para registrarme porque mi padre no las acompañaba y entonces todavía se acostumbraba esa ridícula leyenda de “hijo natural” en las actas de nacimiento? Por fin lograron encontrar a un conocido en el Registro Civil de Chilpancingo que les ayudó a que me registraran con mis apellidos correspondientes y aparecieran las mágicas palabras “hija legítima”. Años después, mi padre me decía: “No sabes qué gusto me da que lleves el apellido Valenzuela”. ¡Ay, qué gran honor! El caso es que los intentos vanos de mi tía y mi abuela paterna vieron que su plazo se acababa cuando yo comenzaba a distinguir y reconocer a las personas, y mi mamá les pidió que ya no regresaran. Desde entonces y hasta ahora no he tenido más familia que la que tú formaste, la que viene del pirata y del escritor, no la que habla muy ufana de su beisbolista de grandes ligas. Hernán y Alberto se ofrecieron a quedarse conmigo, a hacerme pasar como su hija, como gemela de alguno de mis primos, pero mi madre se propuso sacarme adelante

sin ayuda de nadie. No tuve padre, cierto, pero nunca me ha faltado su cariño.

Vuelves a ver la fotografía de tu familia completa y de seguro recuerdas que mi mamá siempre fue la consentida de mi abuelo. Acaricias los rostros de ambos y vuelves a ver mi retrato como pensando en que yo jamás tuve la dicha de saber de la complicidad amiga que a menudo se establece entre padres e hijas. Cuando el tiempo empezó a correr y yo a hacer preguntas, me dijeron que mi papá había muerto en un accidente. No era una mala excusa, pero siempre hay algún detalle que echa al suelo hasta las mentiras mejor construidas. Año con año, tú pones la ofrenda para los muertos y yo, siempre a tu lado, te ayudo a acomodar los platos y a recibirlos con el caminito de flores de *tapayola*, que en la capital se empeñan en llamar *cempazúchitl*. ¿Cinco platos? ¿Por qué sólo cinco? Mi abuelito, tus padres, tus suegros, ¿y para mi papá? ¿No tiene derecho a comer también por lo menos un día al año? Algo muy simple, claro, eso fue lo que hizo que todo se cayera. Ya una vez su débil castillo de humo de incienso había resistido un embate de verdad: cuando tenía unos seis años, mi abuelo paterno estaba agonizando y quería conocerme. Mi padre buscó a mi mamá para que me llevara, y ella aceptó con la condición de que no dirían que era mi abuelo, sino el padre de un compañero de trabajo. Marco Antonio Valenzuela no aceptó y yo nunca conocí a ninguno de mis abuelos varones. Pero años más tarde, ya estando yo en la universidad, un chisme o una mala intención, o tal vez la hora destinada, hizo que me enterara de todo: Juan, tu hijo más querido, siempre ha tenido cosas en contra de mi mamá que nadie se ha logrado explicar, si porque ella pudo estudiar lo que quería y él tuvo que obedecer y hacerse maestro, si porque ganaba mejor, si porque había entre ustedes el típico complejo de Edipo que nadie quiere reconocer... Una de las veces en que fue a visitarte temprano en domingo, te dijo que se había encontrado a mi papá y que él estaba dispuesto a hacer lo necesario para encontrarme y

conocerme. Victoria y tú decidieron contarle todo a Loreto, y ella a su vez decidió que, a pesar de todos los temores, tendría que confesarme la verdad... Su mayor miedo era que yo las odiara por ocultarme que mi padre vivía, por condenarme a vivir sin él... ¿Odiarlas yo? ¿Odiar a mi mamá, a la que sé es la mujer que no dudaría en dejar de respirar si de eso dependiera que yo siguiera viviendo? Todavía puedo sentir sus brazos llenos de pavor, sus lágrimas mojando mi cintura cuando de rodillas me pedía que la perdonara por haberme dicho que mi papá estaba muerto, y la sonrisa de sus ojos llenos del agradecimiento de un condenado que salva la vida en el último minuto cuando con toda calma le dije que yo ya lo sabía...

¿Y de qué me sirvió saber que él estaba vivo? ¿Para que me regalara un anillo que no me queda, una esclava con mi nombre y un devaluado centenario el día que volvió a desaparecer de mi vida? Es verdad que ustedes me condenaron a vivir sin mi padre, pero no más de lo que él me condenó también. A mis veinticuatro años puedo contestar sin titubear una pregunta difícil: ¿quién es mi papá? Un fantasma... un fantasma que estuvo menos lejos de mí por cuatro años y luego volvió a irse. Más por convención que por verdadero deseo, les pedí conocer a mi papá y a los seis hermanos que de repente me nacieron. El 25 de diciembre de 1995, hablé con él por primera vez... y también lloré por su culpa por primera vez. Se sucedieron así una serie de visitas que ahora me parecen más escasas todavía: un paseo por un centro comercial, una visita a Toluca para conocer a cuatro de mis hermanos y ver por única vez a mi abuela Antonia, una comida con dos compañeros para celebrar mi cumpleaños. Nudos en el estómago para tomar el teléfono y hablar con él, siempre con el temor de que contestara su esposa y me hiciera una grosería como la del día que se supone iba a conocerla, siempre con el sentimiento de llamar más por obligación que por auténtico gusto... “Sólo desee que estuvieras conmigo el día de mis quince años y el de mi graduación de la preparatoria,

porque invitaron a los graduados a bailar el vals con sus respectivos papás y yo tuve que quedarme sentada”, le dije un día, toda inocencia, pensando que eso no volvería a pasar, no por lo menos en mi cercana graduación de la licenciatura. Llegó muy de traje, ¿te acuerdas, abuelita?, se lució sacándome fotos y yo me pavoneé presentándoselo a mis maestros y a mis primos que no lo conocían. Ese día me regaló el centenario, que ahora cada que lo veo me recuerda su humillante desaparición. “¿Dónde está mi papá?” “Creo que fue al baño...” “Invitamos a los papás a que se acerquen para bailar el vals con los graduados”. Una vez más un deseo, una vez más bailar con mi tío Alberto, a quien no menosprecio, sino que le vivo eternamente agradecida por salvarme del ridículo al que mi propio padre me lanzaba. Ese día volvió a abandonarme; ese día él se dio cuenta de lo que había perdido al rechazarme de bebé... Y no, no me condenó a vivir sin él: ese día, ese 18 de julio de 1999, yo lo condené a vivir sin mí... y hoy es la última vez que lloro por él.

Limpiándome las lágrimas veo que tus pensamientos se han ido a otra parte. Ahora bajas la vista y encuentras en el centro del muro una imagen de la Virgen de la Natividad. Respetuosamente te persignas y quedas en silencio e inmóvil frente a ella. ¡Cuánto me gustaría saber qué es lo que recuerdas ahora! ¿Tal vez que tú querías que yo me llamara Natividad y no que me pusieran el nombre de esa poetisa chilena a la que tanto admiraba mi mamá? No. Por tus ojos que se van humedeciendo veo que viene a tu mente algo más poderoso... o quizá más doloroso. Creo que sé de qué se trata. Creo que recuerdas a esa otra nieta tuya, Nancy, a la que tantas veces has encomendado a la milagrosa imagen. Creo que recuerdas esa tarde del 15 de agosto de 1978 cuando la voz de tu hijo Alberto, feliz hacía unas horas por darte la noticia de que tenía una hija, aparecía ahora triste y ahogando el llanto para pedirte que les dijeras a sus hermanas que le prestaran todo el dinero que pudieran porque Nancy había nacido mal. No entendías bien

qué era lo que te trataba de explicar. ¿Mielomelingocele? ¿Y eso qué es? ¿Por qué? ¿Por haberse acercado a alguien con sarampión o varicela? Recuerdas claramente sus terribles palabras: “Tienen que operarla, introducirle una válvula en el cerebro, cubrirle de piel la espalda porque nació con los músculos al descubierto, tienen que reconstruirle la vejiga...” No cumplía entonces una semana y ya tenía cuatro operaciones en su vida; no ha cumplido aún los veintitrés años y hemos estado a punto de perderla diecinueve veces...

Nancy se convirtió en cierta forma en el centro de la vida de la familia. Ninguno de tus otros catorce nietos tuvo problemas al nacer y, por una parte, eso determinó que nuestra vida girara alrededor de lo que podíamos hacer para satisfacer a la más desprotegida. La mayoría de los doctores no podía asegurar que viviera tantos años; casi todos recomendaban a sus papás resignarse a que no llegaría a los nueve. Sin embargo, Nancy ha sido siempre un ejemplo de ganas de vivir para todos. No pudo caminar sino hasta que cumplió los cinco años, eso no le impidió que después corriera con todos sus primos para jugar a las escondidillas o al fútbol. Una Navidad la tuvieron que operar de emergencia porque su sonda se había tapado, pero eso no le impidió pedirte su plato de pozole apenas despertó de la anestesia; más de una vez ha tenido que perder clases para recuperarse de las severas intervenciones, lo que no le ha impedido convertirse en abogada penalista. Esa imagen de la Virgen te recuerda que cada vez que la han tenido que operar, tú has ofrecido barrer la nave del Santuario como manda para que la niña salga bien, promesa que con fiel devoción y puntualidad has cumplido.

Pero el dolor tan grande que ha representado la existencia de Nancy ha tenido su contraparte feliz. Viendo todos los retratos que cuelgan de esa pared, imagino que no puedes dejar de pensar en que, salvo algunas excepciones, tus nietos llevan una relación bastante estrecha. ¿O ya olvidaste las vacaciones que pasábamos

en La Paz, correteando por las entonces todavía vírgenes playas de Los Cabos y observando a las ballenas grises, cuando Hernán vivía allá? ¿O las veces en que con Alberto hemos ido a Acapulco o a Tlaxcala? ¿Y qué me dices de mis cumpleaños o de las comidas familiares, cuando dejabas que tus nietos todavía niños jugaran en tu jardín, hicieran hoyos y se enlodaran al grado de que hasta a los varones tenían que vestirlos con ropa mía para que se los llevaran sus mamás? Viene a mí el recuerdo de tantas Navidades junto a mis primos, como cuando mi mamá nos regaló las baterías de cocina de aluminio de verdad, o los Santa Claus de chocolate enormes que íbamos comiendo de mordida en mordida. ¿Y te acuerdas de la Nochebuena que tú, mi mamá y mi Maico se pasaron en vela cosiendo las colchitas y las almohaditas que iban a regalarnos con las camas de madera que habían mandado a hacer para la *Barbie*? Son miles y miles de recuerdos tiernos, tristes o chistosos los que podrías sacar de las historias de cada uno de tus nietos. Sonrisas arrancadas de una frase balbuceada que te decía “abelita, teno velela lota”, cuando quería decirte que tenía varicela y que terminaría contagiando a tus otros 14 nietos; sonrisas forzadas para disimular en año nuevo la angustia que te provocaba saber que Alberto, el padre de tu primer bisnieto, había intentado suicidarse... Una fractura se había producido en su existencia, que por fortuna pudo ser rescatada a tiempo.

Levantas la vista y de repente parece reparar en otra fractura pero diferente, en una grieta que corre de la mitad de la pared hasta el techo. La tocas con yemas sutiles y parece estremecerte ante un fenómeno natural que te aterroriza especialmente. ¿Cuántos terremotos has vivido? Aquel famoso de 1957, cuando se cayó el Ángel de la Independencia, tú estabas en Tixtla aún; algunos de tus hijos en México, pero afortunadamente no les pasó nada. Y luego los de 1985... ¿lo recuerdas? Vivíamos ya en Lomas Estrella, en las faldas del cerro en el que rebotaron las ondas sísmicas. Nada pasó en la casa, tus hijos salieron ilesos, aunque uno por

gracia de un semáforo milagroso que lo hizo retrasar su llegada al hospital. Hernán trabajaba ya en el Hospital Ignacio Zaragoza del ISSSTE y, si hubiera llegado dos minutos antes, habría muerto entre los escombros. Alberto tuvo que permanecer varios días sin descansar en su calidad de jefe de taller de la Compañía de Luz, fabricando kilómetros de cables y postes que se necesitaban para reponer todo lo que se había destruido. El edificio donde trabajaba Loreto quedó inclinado y recargado sobre el de al lado, así que se vio obligada a tomar unas vacaciones forzosas. La secundaria de Victoria también se cayó y a los dos meses empezó a dar clases en el calor infernal de las improvisadas aulas de lámina. Fueron sustos fuertes, sí, dolorosos para familias amigas o vecinas que sí perdieron seres queridos en tantos edificios derrumbados; nadie dijo que vivir no duele.

La vida es dolorosa es cierto, pero tú también has pasado momentos felices. Perdiste tu casa en Tixtla, y eso causó el pleito familiar más largo que yo recuerde: Victoria y Juan eran los dueños de la casa que había dejado mi abuelo y, para comprar la casa de México, se vendió la mitad de Victoria. Tiempo después Juan decidió venderle su parte a tu hermano Jesús, aun cuando Loreto y Victoria habían empeñado todas sus alhajas para, junto con Alberto, conseguir el dinero que necesitaban para comprarte la casa. Fueron a pedirle que se las vendiera, pero, siempre orgullosa y celosa, mi tía Teresa dijo que si la casa era para Loreto no se las iba a vender. No oyeron razones, nunca quisieron entender que querían que tú conservaras tu historia y tus recuerdos, el lugar donde tantas veces habías sido feliz al lado de Lucío Navarrete, que querían que no tuvieras que llegar ahora a casa de una sobrina, ahora con un hermano, ahora a un hotel, tú que llegaste a tener una casa enorme construida con mil esfuerzos. Aunque era muy chica, recuerdo las alhajas con las etiquetitas del Monte de Piedad y los años en los que casi estaba prohibido mencionar el nombre de Juan, pero tiempo después recuperaste a tu hijo consentido.

Gozaste viendo a tus hijos titularse y conseguir trabajo, fuiste puntual al sanatorio a conocer a tus nietos, los miraste crecer, reír, enfermarse de paperas y de sarampión, enamorarse y llevarte a sus novias o novios porque “se querían mucho” y a la siguiente vez ya no se hablaban, decidir qué iban a estudiar y ser contratados en las más diversas empresas, viajar por placer o por trabajo o estudio. Has visto cómo tus nietos se fueron haciendo adultos, cómo las niñas nos vestimos de blanco primero para hacer nuestra comunión, luego de rosa o durazno en nuestra fiesta de quince años, y ahora hemos empezado a vestirnos de blanco otra vez para decir “sí, acepto”. Noches enteras te las has pasado en vela, sintiendo que la cabeza te revienta, pero feliz por ver a tus nietos bailando y riendo en sus graduaciones. Una tras otra has recibido las llamadas alegres de “Abuelita, ya soy médico” o el “Felicidades, señora, su nieta ya es licenciada” en los exámenes profesionales de unos y de otros. Hoy puedes levantar orgullosa la cabeza y decir que tienes nietos médicos, ingenieros, administradores, químicos, abogados... y hasta una escritora empeñada en poner en unas cuantas hojas toda una vida de detalles y recuerdos. Finalmente has dejado rodar una lágrima sonriente cuando Ruy, tu primer bisnieto, empezó a caminar solito, o cuando desde Inglaterra Sandra, tu nieta mayor, te avisa que acabas de ser bisabuela por segunda vez.

Esas perlititas saladas que cubren tus mejillas me hacen ver que en tus ochenta y dos años hay todo un rosario de momentos gozosos, dolorosos y gloriosos. Con las enaguas de manta blanca en una mano y la fotografía de tu familia en la otra, te hincas otra vez frente a la imagen de la Virgen de la Natividad, y adivino en la sonrisa que le diriges una oración de agradecimiento. Esa perfumada caja de Olinalá ha sido una máquina del tiempo que nos permitió recorrer todo el siglo en el que vivió tu madre, tú, tus hijos y ahora tus nietos y bisnietos. Tú fuiste la protagonista del viaje; yo un polizone que te acompañó escondido entre los pliegues

de unas enaguas. La casa en la que estamos es también muy vieja, sus muros de adobe y sus puertas de madera apolillada. Por el tiempo que pasé en la misma posición observándote, siento que las polillas se están subiendo a mis piernas y me obligan a moverme bruscamente. El rechinado de la puerta te hace voltear y descubrirme; entonces, tus ochenta y dos años regresan a apoderarse de tu cuerpo y debo ayudarte a levantar, sosteniendo primero tus preciados tesoros. Orgullosa de tus hallazgos, te limpias las lágrimas con una mano descontrolada, que estiras para pedirme la fotografía y las enaguas. Por fin las tengo cerca, por fin puedo admirar y acariciar como tú las iniciales rojas de punto de cruz, darme cuenta de que lo que creía simple manta es en realidad una delicada popelina francesa. “Eran de mi mamá –me dices–. Creo que a tu mamá le van a gustar, para que se las ponga con los hipiles de hilo contado que se trajo de Mérida.” Levanto la cara y creo que fácilmente adivinas en mi mirada la súplica de querer ser yo la que conserve la maravillosa enciclopedia familiar que cosió mi bisabuela en noches de desvelo, en tiempos en los que hasta las puntadas más finas se hacían a mano. “Eran de mi mamá y ahora van a ser de tu mamá... Pero algún día serán tuyas, y después tú se las regalarás a tu hija o a tu nieta”, afirmas como tajante respuesta a mi silenciosa petición, dejándome sin posibilidad de apelar porque de inmediato tomas mi brazo y me fuerzas a regresar contigo al momento presente, a la sala que representa el hoy y sus personajes, tus hijos, tus nietos... y mi historia.